

trega en su vejez al gozo deleitoso de su disfrute, sin preocupación alguna.

Mas dejando á un lado consideraciones de índole tan amarga, que en nuestros días sugiere el aspecto de la ciudad, hora es ya de que entremos, lector, en el examen y estudio individual de las maravillas artísticas que la ennoblecen y la ilustran, una vez conocida su historia, dando comienzo por los monumentos religiosos para continuar con los civiles y los militares.



CAPÍTULO XIII

La Catedral: descripción y estudio del conjunto exterior

ALLÁ al Occidente de la noble Burgos, recostada en la falda de la enhiesta colina donde, si poderosa un tiempo, se levanta hoy en ruinas dolorosas y sin carácter la almenada fortaleza, tantas veces reconstruída y adulterada, á cuyo amparo y tutela nació, humilde y recelosa, la populosa ciudad cabeza de Castilla, y cuyos denegridos y malseguros muros señalaron progresivamente el recinto de la patria de Fernán González,—eleva al cielo, como eterna y sublime oración, sus gigantes y maravillosas cúpulas y el conjunto sorprendente de su armoniosa fábrica la suntuosa Catedral, tantas veces y tan jus-

tamente encomiada de propios y de extraños en todos tiempos, y siempre digna de la ferviente admiración que le tributaron sin disputa las edades pasadas y le tributarán con la presente las venideras.

Gallardos, esbeltos, produciendo verdadero asombro y deleite incomparable, que no se engendran en realidad ante ninguna otra de las Catedrales españolas, incluso las egregias de León y Toledo, recortan sobre el azul espacio su gracioso contorno los soberbios chapiteles de esta iglesia afamada, y á través de los calados primorosos que perforan la imponente majestad de aquella inmensa mole de piedra, cien veces comparada á delicado encaje, se transparenta la bóveda infinita de los cielos, que la sirve de fondo, llenando el alma de religioso temor y de profundo recogimiento.

El cúmulo sin fin de agujas y de flechas, de cupulinos y pináculos, de cresterías y de imágenes que se reparten y se agrupan, se asocian y combinan vistosa y artísticamente en una sola síntesis superior y armónica, que todo lo compenetra y á que todo se muestra subordinado y obediente, sea cualquiera el punto desde el cual se contemple el monumento, ofrece sobre los laboreados antepechos, con sus agudos ápices y rizadas aristas, la sombría apariencia de espesa selva de simbólicos cipreses, que levantan sus enhiestas copas, donde los vientos duermen, como invocando la protección divina y velando el sueño de las generaciones que descansan bajo la pesadumbre de aquel inmenso mausoleo, no de otra suerte que en la Catedral cordobesa el número incontable de las columnas que soportan las alineadas naves de la antigua Aljama, semeja espeso bosque de apiñadas palmeras, proclamando quizás así una y otra fábrica el pensamiento sin duda de sus ilustres constructores y recibiendo adecuada expresión el sentimiento religioso en que uno y otro pueblo, el musulme y el cristiano, hubieron de inspirarse al erigir ambas maravillas, emblema una y otra de su fe y de sus creencias.

Detrás de la imafrente, por entre las soberbias torres de la iglesia consagrada á Santa María, distínguese, erguida y elegante, la fastuosa linterna del crucero: su enorme masa, aligerada con pasmoso acierto por medio de la rica ornamentación que la decora y principalmente por los pináculos de sus ocho ángulos, cobra á las miradas del espectador muy subida importancia, aun no conocida la historia del templo, sin que la vista se fatigue ni experimente molestia alguna al contemplar la riqueza artística allí atesorada en grumos, doseletes y repisas, arcadas, estatuillas y antepechos. Lástima grande que, huyendo acaso los constructores de la XVI.^a centuria el peligro de ver su obra destruída cual hubo de acontecer en 1539 con la primitiva, no se arriesgasen á coronar aquel edificio esplendoroso con el natural remate que demandan la índole del templo y el carácter del mismo, estableciendo este final vínculo de armonía entre construcciones que, por ser el fruto de distintas épocas, no extrañarían resultasen entre sí más apartadas!

Más allá, en pos del ábside y levantando sobre él su elegante crestería, admírase el portentoso conjunto que al exterior presenta la famosa *Capilla del Condestable*, cuyos sillares desaparecen bajo la afligrida y prolija labor de que se hallan enriquecidos, justificando así y por tal camino la vulgar expresión de que se valen los escritores para ponderar tal monumento, al decir que todo él es obra de preciada argentería, sin igual en nuestra patria y digna del renombre de que goza.

Pero sobre todo esto, sobre el mérito eminente y de nadie desconocido que en cada una de sus partes resplandece, tiene á nuestro entender la Catedral de Burgos un mérito superior y aún más calificado, en medio de la universal admiración que inspira. Y este mérito, que no se da por accidente en ninguna otra de las Catedrales españolas, donde hicieron expresiva gala de suntuosidad y de riqueza todas las manifestaciones arquitectónicas, desde el siglo XI.^o hasta el pasado; esta cualidad sobresaliente que hace de la iglesia burgalesa la joya, por así decirlo,

de nuestra España, es precisamente el sentimiento de unidad que impera y que domina en el exterior de toda la fábrica, sentimiento de unidad á que hubieron de subordinarse, en medio de las influencias del Renacimiento, no sólo el autor, desconocido por desdicha, de la traza del cimborio en 1540, sino también los maestros encargados de la ejecución de la obra, Francisco de Colonia, ya anciano y verosímilmente maestro sólo en el nombre, y Juan Vallejo, sobre quien recae con justicia toda la gloria de construcción semejante, dentro de la XVI.^a centuria, así como hubo la indicada unidad de imponerse avasalladora á Juan de Rivas, maestro de las obras de este templo, que dirigió al mediar del siglo XVII las de reparación que hizo necesarias el estrago producido en el crucero por el furioso huracán desencadenado el 16 de Agosto de 1642 en Burgos.

No es esto decir, sin embargo, que en los detalles y accidentes del exterior no se muestre con frecuencia algún tanto quebrantada la superior unidad á que la fábrica se subordina y atempera: ocasión oportuna será para atestiguar lo apuntado, la circunstanciada é individual descripción de cada uno de los miembros del edificio, bastando ahora con recordar, por ejemplo, la notable *Puerta llamada de la Pellejería*, y las reformas de la *Puerta de la Coronería* y de la *Puerta Real*, que lastimosamente proclaman aquel quebrantamiento doloroso y quizás necesario para la solidez de las indicadas puertas; pero que produce efecto singular al lado de la riqueza y de la ostentación artísticas de que en la Catedral se hace alarde, y cuya profusión no daña ni perjudica, antes bien contribuye eficazmente á la exaltación de tan famoso monumento.

Con más fortuna que la mayoría de los que fueron erigidos en España durante la gloriosa edad de la Reconquista, aunque no con menos vicisitudes y trastornos, el templo burgalés, en el cual parece compendiarse y de hecho se compendia la vida de Burgos á partir de los días del insigne conquistador de Córdoba y Sevilla,—muéstrase completo, ya que no perfecto, en

todas y cada una de las partes que le forman y constituyen, si bien no ha logrado, quizás para fortuna suya, que las últimas construcciones ideadas y que como accesorias en nada afectan al organismo propio de la Iglesia, recibieran total y definitivo cumplimiento, cual acredita por la *Calle de Diego Porcellos* la fachada contigua á la suntuosa de la *Capilla del Condestable*, donde se miran los arranques de bóvedas no comenzadas y de arcos no concluídos, habiendo servido aquellos locales, destinados sin duda al culto en la mente de los fundadores, para almacenes y comercios en la parte baja, según se hallan en la actualidad, y según permanecerán en lo sucesivo.

Si Sevilla, en efecto, puede también vanagloriarse de que su Catedral consiguiera en su parte esencial verse concluída, débe-lo por mucho á no dudar, ya á los restos de la Aljama á la cual reemplazó en el siglo XV la fábrica existente, ya á aquella la tan celebrada como elegante torre del antiguo templo mahometano, reputada y con justicia como una de las joyas arquitectónicas de España; pero á pesar de esto, todavía, frente al famoso Consulado, se ven los comienzos de construcción ideada como necesaria en la época del Renacimiento, construcción que jamás ha de llevarse á cabo, y aun las magníficas portadas ojivales no han podido hasta nuestros días ostentar toda su belleza, cual la ostentan las de la iglesia de Burgos, privadas de sus necesarios é imprescindibles complementos. Muchas otras Catedrales hay, cuyos miembros yacen abandonados y sin remate, demostrando por tal manera la erigida por San Fernando en la ciudad de los Condes de Castilla, no sólo la importancia de la misma fábrica, mas también la de la población que ennoblece y que caracteriza, cuya piedad y cuyo amor se ejecutoriaban por modo tan elocuente en el más expresivo y adecuado de sus símbolos, emblema fundamental de los sentimientos de una época entera, sobre los cuales descansa y gira la gloriosa Reconquista cristiana, á la que debió su prosperidad y su prestigio la humilde puebla militar constituída sobre los hacinados escombros de la primitiva,

por la voluntad del tercer Alfonso y la mano del esclarecido Diego Porcellos.

Córdoba, la magnífica corte y asiento de los Califas, que contemplaron con asombro y saquearon sin compasión el Conde Sancho Garcés y don Alfonso VI,—amparando con el manto de la religión el incomparable templo islamita, ofrece hoy en su Catedral conjunto extraño de construcciones, á partir del año 1236 en que el santo hijo de la insigne Berenguela consigue su rescate; Granada, la opulenta ciudad de los Al-Ahmares, brinda en su templo catedral ejemplo no dudoso de las diversas manifestaciones del arte, desde el mismo siglo xv hasta el presente; Toledo, la insigne Toledo, la primada de las Españas, no es otro el espectáculo con que convida en su majestuoso templo, y en una palabra, todas ó la mayor parte de las Catedrales en nuestra patria, ó se hallan, cual arriba apuntamos, incompletas, ó acusan al exterior el desacorde enlace de los estilos que en la sucesión de los tiempos siguen al ojival, siendo ésta una de las circunstancias en virtud de las cuales sube de punto la importancia del templo burgalés, cuya unidad según decíamos, sorprende y regocija.

No seremos nosotros quienes neguemos ó desconozcamos en modo alguno ciertamente, que podrán otros templos ofrecer desde luego en sus portadas y detalles mayor riqueza y mayor pureza sobre todo; pero no hay ninguno en España que presente á las miradas del observador y del entendido, caudal más abastado de elementos arquitectónicos que, en medio de la variedad más absoluta que los distingue y aspirando no obstante á la unidad, tan ambicionada como poco conseguida en este linaje de edificios, logre de tal manera realizar en su conjunto la síntesis más perfecta de los indicados elementos, desarrollándolos dentro y con las condiciones que son propias y privativas del pensamiento generador, y ofreciendo en su totalidad mayor suntuosidad y belleza.

Afectando en su planta la figura de una cruz latina, consta

sólo de tres naves, á cada una de las cuales corresponde una de las tres puertas que se abren en la imafrente ó fachada principal del templo, que da á la *Plaza de Santa María*, apellidada *Real ó del Perdón* la del centro y sin nombre conocido las otras dos, sobre las que se levantan los erguidos chapiteles. Fórmase en su parte central la referida imafrente, cuya latitud es de 29^m67 sobre un atrio de 6^m10 de ancho, con tres distintos cuerpos, de los que mide el inferior 13^m53 de altura; y despojado desde el pasado siglo de todo adorno, muestra en los dos machones entre los cuales voltea el arco de la mencionada *Puerta Real*, otras tantas ornacinas, cuya periferia dibuja sencillo junco que, fingiendo apoyarse en las columnillas por las cuales se hallan aquellas flanqueadas, se ata en los capiteles de las mismas columnas con el que señala los dos arquillos interiores aximezados y sostenidos por su parteluz correspondiente. Ocupa el tímpano un lóbulo circular, y en cada uno de los huecos del aximéz, se mira las imágenes de Asterio y don Alfonso VI á la derecha y del Obispo don Mauricio y San Fernando á la izquierda, Asterio como primer obispo de Oca, cuyo nombre consta en el acta del tercer concilio toledano, Alfonso VI como fundador de la primitiva Catedral, y Mauricio y San Fernando como fundadores por su parte de la existente, leyéndose el nombre del personaje á quien cada una de estas estatuas representa, en el dado sobre que se levantan (1).

Adelantándose este primer cuerpo sobre el área general del edificio 1^m14, hácese en el muro y sobre un espacio liso de 6^m71 de ancho, la *Puerta Real*, obra de la pasada centuria, construída por tanto con arreglo á las influencias pseudoclásicas

(1) Las cuatro estatuas á que aludimos en el texto, se retiraron de los lugares donde hoy se ostentan al verificarse en 1790 la reforma de este cuerpo de la fachada. En 1805, con aprobación y aplauso de la Real Academia de San Fernando, las mandó reponer el Cabildo, reintegrándolas á su primitivo sitio.—En la de Asterio se lee á más del nombre: *Obispo de Oca*, y por bajo: *Año de 589*.

á la sazón dominantes, la cual cuenta con 4^m35 de ancho en su totalidad y 3^m31 de hueco. Sencilla y pobre, con su frontón triangular, que apoya sobre fingidas pilastras, no obstante la absoluta carencia de adecuación que con relación al monumento la distingue, hay que elogiar en ella la sobriedad y la severidad en que se inspira, virtudes una y otra nada propias en aquellos días de verdadera exageración y decadencia para las artes. Sobre el vértice del frontón, aunque en el muro, figura un rosetón circular formado por la estrella salomónica, lobulada al interior, mientras á uno y otro lado del frontón referido se abren sendos arquillos trebolados á la manera ojival, con sus pináculos correspondientes á los extremos.

De menor elevación y anchura las puertas laterales, que sólo alcanzan 1^m95 de ancho total, desprovistas de todo exorno, raquíticas y tan impropias de la grandeza del templo como la *Real*, y como ella sin carácter ni aspiraciones monumentales, muestran en el tímpano del primitivo arco apuntado y encima de la elíptica y fría claraboya que sobre el dintel se abre para dar luz al interior de la iglesia, un bajo-relieve cada una, en los cuales se representa la Concepción de Nuestra Señora en la puerta de la derecha y la Coronación de la Virgen en la de la izquierda. Ambos relieves son de mérito secundario y armonizan perfectamente con la decoración de este cuerpo inferior, el cual demanda en realidad que le devuelvan su antigua grandiosidad y su deslumbradora riqueza, hoy que el espíritu restaurador parece impulsar á nuestros gobernantes para acometer grandes empresas. Con razón se duelen los escritores burgaleses de las críticas con que extranjeros y nacionales abruman esta parte de la incomparable Catedral, cuya imafrente, dada la situación en que se encuentra el fundamental de sus cuerpos, aparece como incompleta y deslustrada.

Estableciendo verdadera línea divisoria y preparando, por así decirlo, la transición del primero al segundo cuerpo, corre de uno á otro extremo, seccionada por los estribos ó machones

de las torres, los cuales miden en esta parte 1^m11 de espesor y flanquean la imafrente propiamente dicha, hermosa balaustrada ó antepecho, calado todo él, con poco más de un metro de altura, figurando estrellas formadas por segmentos de círculo y que descansa sobre moldurada repisa, común á toda la fachada. De trecho en trecho, levántanse en este antepecho, que lo es de un ándito de 2^m31 de anchura, graciosos pináculos, cuyo número llega al de cinco para la parte central y al de tres para las laterales, con 2^m58 de altura, correspondiendo de las seis gárgolas ó imbornales que se cuenta en este lienzo de fachada, tres que representan una vicha entre figuras humanas, en el cuerpo del centro, dos de animales caprichosos en los intermedios de la torre de la derecha, y uno en el extremo de la de la izquierda, ó *torre del reloj*, acerca de la cual se hacen afirmaciones de comprobación no grandemente fácil.

Sobre un espacio liso de 2^m87 de altura, con su ándito proporcionado, y arrancando de la moldura que se extiende y dilata en toda la longitud de este cuerpo central, cuya elevación es de 12^m13, ábrese un grande arco ojivo, recorrido al interior por sencillos y severos juncos entre los cuales resaltan vistosos multitud de brotes; é inscrito en él, se desarrolla el grandioso y emblemático rosetón ú óculo, por medio del cual y templada en otro tiempo á través de la pintada vidriera que le exornaba y ya no existe (1) penetra la luz en la alta nave principal del templo. Forman las labores de dicho rosetón una serie de círculos secantes con cuatro lóbulos al interior, cada uno, mientras que, ocupando el centro la estrella salomónica, los espacios intermedios se miran graciosamente llenos por segmentos de círculo y

(1) Cuando Ponz visitó esta Catedral, aún la indicada vidriera subsistía, siendo general la creencia de que la cristalería de todo el templo quedó destruída con la explosión producida en 1813 por la voladura del castillo. En la actualidad han comenzado y prosiguen las obras de restauración de dicha vidriera, que parece presagiar la de las vidrieras de todo el edificio.